

Notas Bibliográficas



L. L. BERNARD.—*Social Control in its sociological aspects. New York.*—1939

La personalidad del ilustre profesor de la Universidad de Washington es una de las más destacadas dentro del pensamiento sociológico de nuestros días. Conocida es la decisiva aportación a la Psicología social, cuando con su aguda polémica (*Instinct. 1929, e introduction to social Psychology. 1926*) con los mantenedores de la teoría instintivista, contribuyó a destruir el imperio exclusivo que ésta por una década había logrado mantener, y, en su aspecto positivo, abrió a aquella ciencia nuevos cauces para una investigación más acertada del influjo de la sociedad en la formación de la personalidad individual. Igualmente valiosa es su concepción del carácter funcional de determinadas ciencias, entre las que las disciplinas sociológicas ocupan un lugar de primera magnitud. (*Fields and Methods of Sociology. 1934*). Y no menos importante es su brillante análisis de los distintos ambientes de la vida humana, base imprescindible para una articulación coherente de las ciencias sociales.

Pero además, para el mundo de lengua española la persona de L. L. Bernard es merecedora de una consideración singular. Porque, en efecto, es uno de los mejores conocedores del pensamiento hispanoamericano, y sin duda alguna, entre los anglosajones, uno de aquellos que ponen en ese conocimiento más amor y simpatía.

Sin temor a exageraciones cabe citar su artículo en la Enciclopedia de las Ciencias Sociales de Seligmen (*The Social Sciences as Discipline. IX' Latin America*), como una de las exposiciones de conjunto más atinadas que existen sobre el pensamiento político y social de la América Latina. Esa su atención para el mundo hispánico ha continuado viva hasta el momento presente, y de ella hay huella abundante en las secciones bibliográficas de las revistas sociológicas norteamericanas. Quede aquí, pues, consignada esta nota de gratitud.

En su reciente libro se ocupa de un tema que ha sido, hasta ahora, monopolio de la Sociología norteamericana. Desde la obra de E. A. Ross (*Social Control*. 1901) que bautizó el problema con el nombre, ya popularizado, con que se le conoce, fué este, tema constante entre los de las sociología y psicología social norteamericanas, pero con excepción del libro de Lumley (*The means of Social Control*. 1923) no había vuelto a tener tratamiento extenso y separado hasta hace bien poco. (Dowd. *Control in Human Societies*, 1936; Landes, *Social Control* 1939; y el libro que comentamos). Y ha sido monopolio de la Sociología norteamericana, no porque la europea no se haya preocupado de esta cuestión en alguna forma, sino porque no la ha considerado en su conjunto, y destacado con toda claridad de otros problemas sociológicos. No creo que fuera difícil explicar la razón de esas diferencias, pero la digresión que exigiría no corresponde a este lugar.

En la expresión control social —que poco a poco tomará carta de naturaleza en nuestro idioma— se encierra, en su contenido más amplio, el problema de cómo la sociedad moldea la personalidad humana y regula su conducta. Conformación y regulación de la vida humana en sociedad son las dos grandes tareas, con límites imprecisos tanto en la teoría como en la práctica, del control social aceptado en ese sentido amplio. La conformación arrastra dos de las significaciones en que puede interpretarse esa palabra: con-formar y conformidad, como aceptación resignada. Y la regulación implica tanto la limitación negativa de la conducta, como el estímulo a la realización de determinadas actividades. Los límites son imprecisos, porque, ya en sí, toda conformación regula y toda regulación conforma o tiende a conformar. Pues bien, en su dato más elemental puede definirse ese control social, con palabras de Bernard como “un proceso mediante el cual se hacen obrar determinados estímulos sobre una persona o grupo de personas, provocando reacciones que funcionan así como una forma de adaptación” o acomodo (p. 11).

La novedad en el libro de Bernard estriba en que expone el problema del control social desde un punto de vista sociológico, y no desde el psicológico-social, que era hasta ahora, el predominante. En realidad, todo hecho social puede estudiarse desde esas dos perspectivas, que no son, no hay que olvidarlo, excluyentes. O bien se otorga preferente atención a su contenido anímico, a los procesos psíquicos a que da lugar su existencia, o se vierte el interés hacia la forma externa, el contorno de su peculiar modo de ser. En una palabra, todo hecho social puede ser investigado en su soporte psíquico y en su estructura. Y esto es, naturalmente, válido para el fenómeno del control social. Ross acentuó el punto de vista psico-social, vía que siguieron los posteriores investigadores del problema, con la única diferencia de que el primero, influido por el pensamiento francés empleó con preferencia materiales históricos, mientras que los segundos utilizaron especialmente los resultados de análisis cuidadosos de las formas contemporáneas del control social. Pero, la perspectiva psico-social es siempre la misma: se trata de hallar los mecanismos psíquicos que hacen posible la realidad de las distintas manifestaciones del control social. Los procesos de sugestión, persuasión, imitación, estimulación, etc., con sus distintos aspectos en el sujeto activo y en el paciente, constituyen la trama de los fenómenos psíquicos manifestados en las distintas modalidades del control social, y que los aludidos investigadores se esforzaron por desmontar cuidadosamente. Se trata, en definitiva, de las "técnicas simbólicas", racionales e irracionales, de la regulación, Bernard estudia, por el contrario, las formas de esa regulación, el aspecto estructural de las diferentes actividades de control social, tal como se han dado en la historia, y son, además, lógicamente posibles. Pasa, pues, a segundo plano —ya que no puede desaparecer completamente de la escena— el interés por la explicación psicológica, para que gane su puesto la preocupación, estrictamente sociológica, por encontrar las formas fundamentales y relativamente constantes en que el control social actualiza.

La investigación del control social y de sus formas y técnicas, como estudio particularizado, tiene un nacimiento tardío dentro del desarrollo de las ciencias sociales. Y todavía abundan más las investigaciones de detalle de alguna de sus manifestaciones, que los estudios de conjunto. Pero esto tiene su razón de ser en que la atención de las disciplinas sociales ha tenido que dirigirse en primer término a las formas de organización social, que por su carácter relativamente fijo brindaban mayor facilidad a la tarea del conocimiento. Y sólo después que han sido estas medianamente conocidas, ha sido posible preocuparse por otros fenómenos más dinámicos y cambian-

tes. Carácter éste del que participan acentuadamente las manifestaciones del control social, especialmente en sus formas superiores. Mas, no sólo por esta razón del progreso interno de las ciencias sociales se exige hoy día el estudio detenido del control social, sino porque su problema se ha constituido en uno de los centrales del momento presente, que ha pasado en formas más o menos vagas al dominio público. "En efecto, hemos llegado a un punto en el desarrollo de la ciencia o arte del control social, en el que los esfuerzos conscientes y con propósitos definidos, de parte no sólo de los profesionales sino de toda suerte de aficionados, por dirigir la conducta de los demás, han alcanzado tales proporciones, que este control se ha constituido en uno de los intereses fundamentales de la sociedad. Y por lo mismo ha legado a ser una de las primeras preocupaciones sociales" (p. 12). No en balde vivimos en la época de la propaganda del anuncio y del mito político.

Ahora bien, ¿justifica la existencia de este problema con tales caracteres la constitución de una ciencia social independiente a él dedicada? Bernard no cree que por ahora sea necesario mantener esa pretensión. Cierto, que ya en los Estados Unidos comienza a exponerse la materia del control social como una disciplina independiente, de lo que es fruto, entre otros, el propio libro de Bernard. Pero con ello no tenemos sino una manifestación más del proceso de ramificación de las ciencias sociales, que el creciente especialismo de nuestra época exige. Esta disciplina va formándose, como en otros casos, de especialización, por acarreo de experiencias dispersas, y sin conexión entre sí, logradas en otras ciencias de mayor madurez. Son los elementos "administrativos" contenidos en la Sociología, la Economía, en las ciencias del Derecho y del Estado, etc., los que recogen, ordenándolos y unificándolos la nueva especialidad del Control Social. Pues, en efecto, cada una de las citadas ciencias ya se había preocupado de algún modo de hacer efectivos, vigentes, los principios y normas de sus construcciones teóricas. Y esos procedimientos, ideados con felicidad mayor o menor, no son en definitiva, sino fragmentos del problema general del control social. Ahora bien, con esta nueva especialidad se repiten los problemas que se plantearon, y plantean, con los anteriores desgajamientos dentro del seno de las ciencias sociales, pues toda especialización invoca posteriormente una síntesis. Es acertado, por tanto, que Bernard no lleve a punta de lanza las pretensiones de la nueva disciplina, y que le asigne, por el momento, un lugar subordinado dentro de la ciencia madre de la Sociología.

Prueba de esto la tenemos, como nuestro autor reconoce, cuando se estudian las relaciones del control social con la planificación. Ésta en su sen-

tido amplio, vendría a ser el “correlato tecnológico” de la ciencia teórica del control social. Que como toda tecnología puede exigir en algún momento, a su vez, desarrollos teóricos que le sean peculiares. Con lo que la cadena, como antes se dijo, continúa indefinidamente.

Lo que importa, pues, es que el problema en sí se estudie científicamente, despreocupados del *status* que pueda alcanzar la exposición de sus resultados. Hasta ahora, las formas y las técnicas del control social se han desarrollado de un modo empírico y no siempre con los fines más elevados; al contrario, han predominado en el esfuerzo por conformar y regular la conducta humana propósitos bastardos, en beneficio propio del creador y manipulador de cada técnica. La explicación, por tanto, de aplicar la actitud científica a los instrumentos y formas de modelación y analización de la actividad social humana, es la de depurarlas en beneficio de su mayor utilidad para fines generales y comunes. El sentido último, pues, de la ciencia del control social, como en toda ciencia reside en su instrumentalidad para la vida. “El propósito de un estudio científico del control social es el de ayudar a encontrar a los individuos y a los grupos, un ajustamiento normal en la sociedad”. Lo que exige y fundamenta su objetividad, pero además “debe ser funcional y tratar simplemente de descubrir las mejores técnicas para la regularización de la conducta humana en todas las situaciones posibles, y hacer utilizable el conocimiento adquirido para el logro de los mejores ajustes realizables, mediante la formulación científica de esos conocimientos y su adecuado adoctrinamiento” (p. 15). En consecuencia, la ciencia del control social no puede estar, ni está, al servicio de ningún interés parcial, ni de ninguna particular institución. Le interesa el mayor bienestar posible de la vida humana con arreglo a principios científicos, es decir, racionales y posibles. La empresa facilita, o tiende a facilitar, la realización del último criterio regulativo —histórica y lógicamente del control social. Con retrocesos y depresiones —como la en que ahora nos encontramos— es esta la marcha del proceso histórico y lo que además *debe ser*. Pues la civilización no habrá alcanzado plenamente su madurez, hasta que la conducta humana no se regule enteramente por criterios éticos, racionalmente fundados en los datos de la ciencia, como experiencia progresivamente adaptativa. “Si el hombre moderno se encuentra súbitamente enfrentado con nuevas condiciones a las que al adaptarse, tiene ya un fondo de saber científico, flexible y no dogmático al que recurrir en demanda de dirección en la necesidad de encontrar nuevas formas de conducta. Es más, puede, incluso, invocar ese fondo de conocimiento científico frente a las presiones de la cos-

tumbre dogmática, de la tradición y de la magia, si alguna vez lo juzga necesario". (p. 20).

En un análisis científico del control social deben estudiarse, como hace Bernard, sus criterios regulativos y sus formas. En cuanto a los primeros, subraya con razón nuestro autor, que toda la historia de la humanidad podía en realidad exponerse como una larga y continuada lucha por encontrar y hacer fructificar los criterios más adecuados para la regulación de la conducta humana. Por esta lucha sin tregua se distingue el hombre del animal, pero por desgracia en muchos de sus momentos retrocede a su parentesco originario. El primer criterio que encontramos, si así puede llamársele, es el puramente subjetivo de la fuerza, el de la superioridad física sobre los demás, que impone por la violencia una conducta determinada. Comienzos de objetividad muestra ya el segundo criterio, que invoca sanciones sobrenaturales y actúa mágicamente; cualquiera que sea su imperfección, es en sí un progreso justo, pues que implica la limitación de la fuerza pura por la inteligencia, una limitación, pues, del poderoso por el débil. El avance posterior está en el desarrollo de los criterios regulativos de carácter ético; con ellos se introduce una mayor objetividad y un intento más o menos logrado, de tener en cuenta las necesidades y el bienestar de todos. Pero esos criterios regulativos no son suficientes, sobre todo cuando se encarnan y se prolongan en costumbres y tradiciones que, en su inercia, arrastran elementos emocionales e irracionales, o que fueron racionales para una circunstancia ya desvanecida. Por eso, el último criterio —histórica y lógicamente— y aquel que todavía no ha logrado su madurez, es el de la ciencia, tanto natural como social. En la experiencia objetiva —incluso limitada de la ciencia— tendremos que encontrar, en definitiva, el criterio más seguro, imparcial, y general para la regulación de la conducta humana.

En este desarrollo gradual de los criterios regulativos del control social, Bernard no pretende ver una ley uniforme, constante e irreversible; se trata más bien de marcadas tendencias que coinciden, por otra parte, con las exigencias lógicas y las aspiraciones de la ética. Así, la fuerza, como criterio, no ha desaparecido por completo —como testimonio nuestro tiempo— ni es conveniente que deje de manifestarse en determinadas circunstancias en donde es tan inevitable como necesario. Tampoco el criterio mágico ha perdido totalmente su influjo, y lo mantendría quizá total e incólume, si como observa Bernard sus soportes no hubieran sido movidos más de una vez por sus apetitos, y si no se hubieran aferrado a no querer comprender la superioridad de la ciencia sobre la tradición. (p. 25).

Naturalmente, de todas las ciencias son las sociales las más útiles para la formulación de criterios reguladores del control social. "Merced a las investigaciones de éstas, adquirimos el conocimiento necesario para la construcción de los criterios éticos adecuados. Estas ciencias no sólo constituyen la fuente de un conocimiento digno de confianza de la naturaleza humana o personalidad y de la conducta del hombre en sociedad, tal como esta se manifiesta de hecho, sino que también estas ciencias nos proveen de las solas fuentes de conocimiento adecuado que poseemos respecto de la viabilidad de las formas sociales existentes, de las acomodaciones que en ellas tienen lugar y también respecto de la necesidad de nuevos objetivos sociales y de renovar las formas de 'ajuste social'". (p. 28).

Por lo que respecta a las formas o técnicas del control social, siguen un desarrollo paralelo y semejante al expuesto con relación a los criterios. Es, ante todo, la violencia la primera técnica que han seguido los humanos para motivar la conducta de sus semejantes. Pero se hace costosa, si no imposible, como instrumento permanente, cuando la sociedad se hace más compleja y se extiende su asiento espacial, por lo que viene a ser sustituida sucesivamente por la intimidación y el fraude. La intimidación, y su correlato el miedo, ahorran con ventajas el esfuerzo físico, y antieconómico por añadidura, de la violencia efectiva. En ese sentido, implica una dulcificación de la brutalidad primitiva, pero arrastra todavía la sombra amenazante de la violencia desnuda. El fraude es ya un modo inteligente de someter las voluntades ajenas, pero poco a poco el proceso moral va estigmatizando las distintas formas de fraude, si bien se le escapan muchas veces las más sutiles y disimuladas. Tales, por ejemplo, las que todavía permanecen incrustadas en la forma heredera del fraude: la propaganda. Porque, en efecto, la mayor parte del contenido de la propaganda actual es marcadamente fraudulento: Es decir, orientado, mediante el engaño, la excitación emocional y la desfiguración de los hechos, a la explotación de los engañados. La última forma auténtica de control social, todavía dolorosamente incipiente, es la ausentada en los datos objetivos de la ciencia. Quizá en su día pueda ésta sustituir a la propaganda, pero no hay que desconocer las dificultades tenaces que se presentan en ese camino. Una, derivada de la fuerte dosis irracional de la naturaleza humana; otra, nacida de la problemática fuerza motivadora del conocimiento.

Entre los resultados más fecundos del libro de Bernard, está la doble distinción entre las formas positivas y negativas, de explotación y de construcción del control social.

Las formas negativas limitan, restringen, vedan. Las positivas, al contrario, estimulan la aplicación de la energía individual, ofrecen una posibilidad al desarrollo activo de la personalidad.

El control como explotación indica que se tiene en cuenta en su ejercicio "el interés de aquellos que lo ejercen en vez del interés de los controlados". Las formas constructivas son, al contrario, aquellas que tienden al interés y bienestar de la sociedad en su conjunto, y al de todos sus miembros. Ambas distinciones, en mi concepto, no coinciden. Bernard hace uso predominante de la segunda, ya que es la base de la estructura de su libro. Desde luego, me parecen dos categorías definitivamente adquiridas para la ciencia social, aunque quizá cabrían ligeras observaciones al desarrollo particularizado de ellas. Como se acaba de indicar, la parte segunda del libro está destinada al estudio detallado de las formas de explotación, y la tercera se dedica a las constructivas, que son positivas en su mayor parte. Las dimensiones de esta nota no permiten una consideración detenida de ese desarrollo, aunque lo merece más de un capítulo de los muy interesantes que la obra contiene.

Bernard se cubre desde el prefacio ante la objeción que algunos lectores podrían oponerle, declarando que su obra está escrita para los estudiantes y que es un libro de casos (case-book) y de fuentes (source-book) al mismo tiempo. En realidad, no se puede por menos de deplorar en algún momento esos caracteres del libro, que lo hacen muy extenso y que distraen alguna vez del original y constructivo pensamiento de su autor.

J. M. E.



JUAN DE LA ENCINA.—*“El Paisaje Moderno”*.—*Ensayo Crítico sobre la pintura del paisaje en el arte moderno*.—Departamento de Extensión Universitaria. Morelia, 1939.—76 págs.

Este pequeño libro que Juan de la Encina llama “Ensayo”, es un profundo y poético estudio sobre la pintura del paisaje. Desde las primeras páginas advierte el lector que se encuentra frente a la obra de un poeta. Cada frase, cada palabra es reflejo y expresión de sensibilidad, de exquisitez, de gusto, de delicadeza de sentimientos, de nobleza y altura de visión.

El ensayo de Juan de la Encina comienza con un panegírico a las nubes, transcribiendo un poema de Baudelaire. Y en seguida inicia su estudio asentando que el camino recorrido por la pintura del paisaje —dentro del Arte Moderno— fué el camino hacia las nubes, “hacia las caleidoscópicas arquitecturas de los cielos”. La nube (“flúida, eternamente cambiante en su forma y color”) ha sido —dice de la Encina— la aspiración suprema de la pintura del paisaje. “El camino que recorre la pintura del paisaje va de la tierra a los cielos, de lo tangible y duro a lo flúido y evanescente. De lo palpable a lo impalpable”.

Este es el tema capital, tema por sí mismo profundo y bello, de la obra del gran crítico que nos ocupa, tema que plantea desde el principio y que, a través de todas las páginas de su libro lo desarrolla en poética y analítica descripción de las vicisitudes que la historia de la pintura del paisaje ha sufrido en su transformación profunda.

El libro de Juan de la Encina es el estudio de esa transformación que sufre la pintura del paisaje, y muestra al lector, de una manera grácil, poética, las características (virtudes y defectos) que va asumiendo la pintura del paisaje según las etapas o momentos diversos de su evolución.

Pero el libro de de la Encina no es una simple descripción de las características de cada una de las etapas de la pintura del paisaje; en “El Paisaje Moderno” hallamos en cada renglón análisis psicológicos, juicios estéticos, conceptos de arte, y valoraciones del sentimiento. En una de sus primeras páginas leemos: “Eso que llamamos el sentimiento de la naturaleza no es sino una de tantas y egregias variantes del sentimiento fundamental de lo Bello”. Más adelante dice: “la Belleza y el Amor van constantemente enlazados, y sin el uno y sin la otra no hay nada en este mundo que merezca ni siquiera respeto. El arte es hijo legítimo de tal enlace: surge de esa gran pasión de ánimo que es el amor a la belleza”. Termina estos juicios el gran crítico diciendo: el sentimiento del paisaje es una forma o variante del Amor.

Hace un bello estudio de cómo surge y se desenvuelve en el hombre el sentimiento de la Belleza, que relaciona de un modo profundo con el sentimientos, momento o trance de la revelación de la Deidad. “Lo esencial de la estética del paisaje —dice de la Encina— está en el instante fugacísimo de la revelación de la Deidad”.

Las descripciones del arte pictórico que hace Juan de la Encina, son profundas y valiosas, porque, más que descripciones objetivas, son análisis psicológicos, descripción y estudio de juegos de sentimientos, de complejos de estados de ánimo. “El Paisaje Moderno” es una obra preponderantemente psicológica, como ha de ser la obra de todo buen crítico de arte.

Juan de la Encina es, sin duda, un romántico, con frecuentes exaltaciones estético-emotivas, que alcanzan a menudo alturas de un espiritualismo místico. Como cuando escribe: “... la revelación de la Deidad, de lo bello de la naturaleza, solo se da en ese estado místico de fusión, en esa “disolución” del “yo” en el mundo natural que le rodea. Cuando los dos concuerdan y se enlazan y unifican, entonces, y sólo entonces, nace el gran arte del paisaje”.

Siempre con un sentido poético, ahonda en análisis psicológicos de gran importancia, como los análisis que hace del proceso anímico de la creación artística, desde la concepción (por impresionabilidad) hasta la dramática o dolorosa gestación —si se nos permite la expresión— y finalmente, la proyección o “parto”, como diría Goethe, en que el artista proyecta, da a luz, exterioriza su concepción. A todo este proceso le da Juan de la Encina un auténtico sabor de profunda dramaticidad.

Pretendiendo ensayar una interpretación del libro de Juan de la Encina, nos permitiremos decir unas palabras más acerca del tema que hemos llamado capital en su libro: “el camino que recorre la pintura del paisaje va de la tierra a los cielos, de lo tangible y duro a lo flúido y evanescente, de lo palpable a lo impalpable”. Podríamos encontrar por qué la historia de la pintura occidental o europea ha tenido un tinte dramático, como lo tuvo —¡acaso con mayor intensidad!— la historia de la escultura. La verdadera alma del mundo occidental es “fáustica”, según el término de Spengler, de ilimitados y flúidos horizontes; pero, tanto la pintura como la escultura (europeas) surgen propiamente como gran arte en un momento histórico —el Renacimiento— en que el Occidente esencialmente “fáustico”, de ilimitados horizontes (siempre dicho en sentido psicológico), se olvida un momento de sí mismo y vuelve la cara hacia el mundo clásico, “apolíneo”, corpóreo, de finitos contornos, en una actitud de dramática contradicción con la esencia misma del alma occidental, y luego han de emprender ambas artes, pintura y escultura, sendos dolorosos viacrucis que los ha de llevar a encontrar el sentido o alma verdadera de la cultura a que pertenecen: lo fáustico, lo ili-

mitado, lo flúido, sentido que la pintura logra hallar recurriendo a la “atmósfera” y la “luz” como elementos fundamentales de expresión.

Podría enmarcarse la historia de la pintura europea diciendo que es el recorrido que hace de su forma renacentista en que aparece (en contradicción con el alma de la cultura de occidente) a su forma “fáustica”, de ilimitados horizontes, de flúidos contornos, espacio infinito donde campean el aire, la atmósfera y la luz.

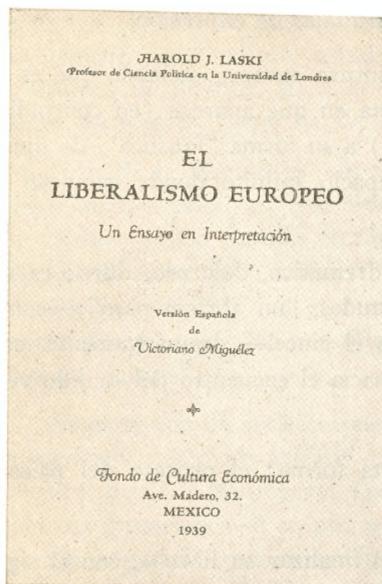
Pero este recorrido tiene un sentido dramático, doloroso, duro; es un abrirse paso, a través de dramáticas vicisitudes, “un abrirse paso” —como dice Spengler que hace Miguel Angel con el cincel— dramáticamente, con convulsiones de incertidumbre y angustia, hacia el encuentro del sentido verdadero del alma de Occidente.

Juan de la Encina lo expresa en esta forma: el proceso del paisaje moderno fué, pues, de lo sólido a lo flúido.

“...Pero —escribe de la Encina ya al finalizar su libro—, con el siglo nuevo, el XX, se apresura el retorno: ahora va de lo flúido a lo sólido”. “...A partir de este momento, el Impresionismo está muerto”... Vuelve la pintura del paisaje a ser tanto “cosa mental” como “sensación óptica”. ¡...Ni más ni menos; la *decadencia del mundo occidental*, el fin de la historia cultural de Occidente, tan admirablemente captado por el célebre autor de “La Decadencia de Occidente” se ve claramente manifestada aquí, en la historia particular de la pintura! Los últimos decenios de este arte constituyen un retorno, un retroceso, una decadencia. “...El sentimiento de lo Bello...; en las civilizaciones mecánicas como la nuestra —dice de la Encina— eso se olvida fácilmente; pero no hay quien pueda olvidar esa verdad sin dura sanción”.

Tales son, a grandes rasgos, las enseñanzas que pueden obtenerse del bello libro de Juan de la Encina.

A. F. S.



HAROLD J. LASKI.—“*El Liberalismo Europeo*”.—Fondo de Cultura Económica.—México, 1939.—416 páginas.

El Fondo de Cultura Económica, que tanto ha contribuido a difundir en México el nuevo pensamiento económico, continúa su meritoria labor editorial. Ahora nos entrega la traducción de “*El Liberalismo Europeo*” de Harold J. Laski.

Laski, el reputado profesor de la Universidad de Londres, es, sin duda alguna, uno de los talentos más claros de la época presente. Escritor de estilo ágil y poseedor de una sólida cultura, ha desenvuelto sus grandes facultades de análisis, aplicándolas al estudio de los problemas socia-

les, económicos y políticos, que constituyen, en esta época de crisis, el tema central de las inquietudes del mundo.

“*El Liberalismo Europeo*” es una bien documentada historia de las ideas políticas y económicas de la Europa moderna. Historia escrita con penetración, descubriendo los nexos que en todo tiempo unen las ideas a los hechos. Historia viviente de las ideas, no simple colección erudita de datos.

Laski sigue paso a paso, desde su nacimiento, el desarrollo del liberalismo, que “apenas si es menos un hábito mental que un cuerpo de doctrina”. Hace ver cómo el liberalismo nace con la época moderna y la acompaña en todo su transcurso, utilizando para su lucha y triunfo los medios más diversos y en apariencia contradictorios.

Procuraremos esbozar a continuación el contenido del estudio que comentamos.

La historia del liberalismo es la historia de la emancipación y el triunfo de la clase burguesa. Ella ha creado un cuerpo de ideas y de hábitos men-

tales que han favorecido a sus intereses, y que han acabado por prevalecer en la sociedad moderna, configurando sus peculiares perfiles políticos y económicos.

El liberalismo sostuvo, para llegar a su realización, una lucha de siglos, una lucha cuyo sentido fué la liberación progresiva del individuo, que pudo entregarse, con libertad cada vez mayor, a la satisfacción de sus impulsos, y, particularmente, a la búsqueda ilimitada de las riquezas materiales.

En todos los tiempos el hombre ha sido un ser ávido de ganancias y de lucro. Pero ha habido etapas de la historia en que los impulsos de posesión han sido contrariados, y en ocasiones anulados por el clima mental de la sociedad. Tal aconteció, por ejemplo, en la edad media. En ella la consecución de la riqueza sólo se consideraba lícita cuando era obtenida con sujeción a un cúmulo de reglas morales y religiosas. El valor supremo de la existencia no era el encubrimiento material, sino la salvación del alma, supremo objetivo al cual todos los demás debían subordinarse. Se vivía, por lo menos entre las grandes masas, en una atmósfera de sobriedad económica y de exaltación religiosa. Era un mundo estático, en que las oportunidades de enriquecimiento eran escasas para las clases no dominantes.

Las clases sociales hasta entonces subordinadas creyeron llegada su oportunidad de alcanzar un nivel de vida que hasta entonces había sido privilegio de la nobleza. Pero la sujeción a las formas tradicionales, el enorme peso de la estructura social, constituían impedimento y obstáculos para el aprovechamiento pleno de las nuevas oportunidades. Y la burguesía, hasta entonces dominada, empezó a luchar contra el orden tradicional que le impedía ascender a un primer plano.

El ataque inicial se dirigió contra la iglesia, que por su concepción cristiana de la vida, era contraria a la búsqueda de la riqueza como un fin en sí. La Reforma rompió en varios países el control moral que la Iglesia ejercía sobre la esfera económica, y fué el primer triunfo de la burguesía en su pugna con los poderes tradicionales que la ataban. Las guerras de religión, con sus desastrosos resultados económicos, hicieron que poco a poco fuera considerándose la religión como asunto exclusivo de la conciencia de cada quien. La tolerancia empezó a ser defendida, por ser el ambiente más propicio para el desenvolvimiento libre de los negocios.

La burguesía bien pronto adoptó la idea de que el objeto de la vida está en el éxito económico, de que la riqueza es el mayor bien para el individuo y que la sociedad progresa en la medida en que cada uno de sus miembros

se enriquece. Para obtener la aceptación cabal de su concepción, necesitaba la burguesía destruir el orden medioeval y levantar uno nuevo. Para ello usó todos los medios de que pudo valerse.

Se alió al rey para combatir el poder feudal y obtuvo la protección del soberano. La autoridad económica perdida por la Iglesia, pasó al Estado, y éste protegió a la industria y al comercio, sustentos de la burguesía, en tanto que se olvidaba de la agricultura, base de la nobleza. El mercantilismo fué la justificación teórica de esa ayuda. Sólo que el mercantilismo tuvo que terminar porque se desarrolló, dentro de él, una aguda lucha entre intereses particulares opuestos. Cada rama de la industria o del comercio quería su protección en detrimento de las demás, hasta que, en vista de la imposibilidad de un acuerdo general, los negociantes acabaron pidiendo libertad de comercio y de industria para todos, abstención del Estado frente a la economía.

La clase burguesa, que había buscado la alianza del Estado para combatir a la Iglesia y a los nobles, una vez que todos quedaron subordinados al rey, y éste tuvo un poder ilimitado, empezó a destruir los fundamentos de la potestad real, primero subrepticamente y después en forma abierta. En pleno florecimiento absolutista fueron sembradas las ideas que cavarían el prestigio de los reyes.

La burguesía, antitradicionalista por necesidad, se hizo racionalista. Y empezaron las censuras de la razón dirigidas contra un mundo social que todavía, en gran parte, no tenía más justificación que un largo pasado. En el siglo XVII aparecen utopías y novelas que presentan un mundo absolutamente racional, y por ende, perfecto. Se hablaba de un "hombre natural", guiado sólo por la razón, y se le comparaba con el hombre europeo, atado por mil lazos tradicionales.

Como un límite al poder de los reyes, los nuevos tiempos rejuvenecen las doctrinas del Derecho natural, dándoles por fundamento la razón humana. El Derecho natural está por encima de los soberanos que deben respetarlo y aplicarlo. Dentro de los derechos "naturales", intocables por el Estado, encuentran amplio acomodo la libertad y la propiedad, esenciales para la clase ascendente.

El nuevo ambiente ideológico que va formándose es sintetizado y fundamentado magistralmente por Locke. Tolerancia religiosa, racionalismo, soberanía popular, contrato social, división de poderes, derechos naturales; en una palabra, todos los temas del ideario político de los siglos XVIII y XIX, están ya formulados desde el XVII por Locke.

Y nada hay en esto de extraño, puesto que el primer país en que triunfa la burguesía es Inglaterra. Desde la revolución de 1688 y la implantación definitiva de la monarquía constitucional, la clase burguesa, a través del Parlamento, conquistó el poder y modeló el Estado y la sociedad, a la medida de sus ideales e intereses. La ideología liberal es, en gran parte, obra de la burguesía inglesa. De Inglaterra pasó a Francia y de ahí al mundo entero.

Los filósofos franceses del siglo XVIII llevan las ideas inglesas hasta sus últimas consecuencias. Todavía en ese siglo Francia se encontraba encerrada en la tradición y hubo que combatirla tenazmente. Voltaire ataca a la Iglesia, pide tolerancia, pero su fino talento le hace advertir el peligro constante de insurrección general que para las masas significaría la falta de prejuicios religiosos. Por eso pide tolerancia para la minoría, para los propietarios, pero no para los pobres, que han nacido para trabajar y sufrir. Voltaire expresa así, con plena sinceridad, los deseos de la clase burguesa a que pertenecía. Otros autores fueron o menos sinceros o más generosos, y proclamaron que luchaban por la libertad del hombre en general, con lo cual obtuvieron la adhesión del proletariado a las ideas revolucionarias de la burguesía.

Los economistas, tanto de Inglaterra como de Francia, se preocuparon por conseguir para la burguesía la mayor libertad económica. Adam Smith y los fisiócratas coinciden en pedir al Estado completa abstención frente a la economía, "que se rige por leyes naturales y eternas". El Estado debe mantener el orden y dejar a los hombres entregados a sus negocios. "Dejar hacer, dejar pasar"... no hay otro programa de gobierno.

Las ideas liberales acabaron convirtiéndose en clamor general. La Revolución Francesa es su consagración y triunfo definitivo. La burguesía llega a la cúspide. Se inaugura la era de los propietarios y de la lucha desenfrenada por el lucro. Viene el maquinismo, el gran capitalismo, el aumento de las riquezas, la prosperidad creciente, el auge. El mundo se transforma y se deja llevar por el optimismo.

Pero hubo una clase olvidada, una clase que no recibió beneficio de la revolución burguesa y que, por el contrario, quedó en situación más precaria que antes, explotada por los vencedores y sin ninguna defensa. El pobre fué considerado como fracasado e inepto y fué entregado a propietarios ávidos de lucro y carentes de escrúpulos morales o religiosos. La libertad de contratación fué la esclavitud del trabajador, económicamente indefenso. Los eco-

nomistas liberales no habían pensado en él; el objeto de sus preocupaciones había sido el hombre de negocios. Habían llegado a la afirmación, hecha a la ligera, de que el bienestar de los patronos traería como consecuencia necesaria el de los trabajadores. Los hechos demostraron lo contrario. Por eso, en plena apoteosis liberal, se desarrolla una poderosa corriente socialista.

Pero el liberalismo siguió afirmándose. Llegó a considerarse como el orden natural e inmovible de la sociedad, como su fundamento intocable. "Una doctrina que empezó como método de emancipación de la clase media, se transformó, después de 1789, en un método de disciplina para la clase trabajadora" Quien no lo aceptaba fué considerado enemigo de la sociedad.

No obstante el movimiento obrero fué ganando importancia día a día, y a partir de 1870 consiguió modificar en parte la actitud abstencionista del Estado, que inició, en favor de los trabajadores, toda una legislación. Pero en su conjunto el sistema social siguió intacto.

La prosperidad creciente y, sobre todo, el auge económico de los Estados Unidos, que encarnaban mejor que ningún otro país el ideario liberal, mantuvieron viva la fe en éste. Ha sido menester que la expansión del capitalismo llegara a su límite; que la anarquía económica inherente al mismo condujera a problemas insolubles y a crisis repetidas de gravedad cada vez mayor, para que el liberalismo entre en su ocaso.

Llegamos al fin de la época liberal. Los obreros combaten el liberalismo, y la clase burguesa, que fué su principal sostén, ha acabado por abandonarlo en varios países. Ante la amenaza de la socialización de la propiedad, ante la propaganda revolucionaria, ha preferido abdicar sus ideales más caros y se ha entregado a una política de fuerza y opresión. No otra cosa significa el fascismo, última defensa de la burguesía. Empiezan tiempos difíciles. Se cierra un ciclo y se abre otro. "Para poder comprender nuestra época, debemos imaginarnos que volvemos a los tiempos de la Reforma o a los de la Revolución Francesa". Tal es la conclusión del autor.

Por lo expuesto, el lector se habrá dado cuenta del extraordinario interés histórico y político del libro del profesor Laski. Hay que agregar que además del aspecto puramente descriptivo de la trayectoria histórica, surgen, en cada página, sugerencias fecundas y atisbos felices, que exceden el marco del tema estricto de la obra y que contribuye a elevar considerablemente su valor. La Revista Mexicana de Sociología se complace en felicitar al Fondo de Cultura Económica por la publicación de tan brillante ensayo.

R. B.